

- 63 *Acción de Astíoco contra Samos* Entre tanto, los quiotas habían conseguido un mayor dominio del mar, y los de Mileto y Astíoco, al enterarse de lo ocurrido en la batalla naval y de la marcha de Estrombíquides con sus naves, 2 habían cobrado ánimos. Astíoco, con dos naves, costeo hasta Quíos, de donde se llevó la escuadra que se encontraba allí ³⁴⁴, y, una vez reunidas todas las unidades, efectuó una expedición contra Samos; pero como los atenien- ses no salieron a su encuentro, debido al clima de desconfianza que reinaba entre ellos, se volvió a Mileto.

LA REVOLUCIÓN DE LOS CUATROCIENTOS EN ATENAS

- 3 *La democracia derrocada. El impulso del movimiento oligárquico de Samos* Por esta misma época, e incluso antes ³⁴⁵, la democracia había sido derrocada en Atenas. Lo que ocurrió fue que, cuando Pisandro y los embajadores que lo acompañaron ante Tisafernes regresaron a Samos, aseguraron su control de la situación del propio ejército de una manera todavía más firme ³⁴⁶ e incitaron a los samios más poderosos ³⁴⁷ a tra-

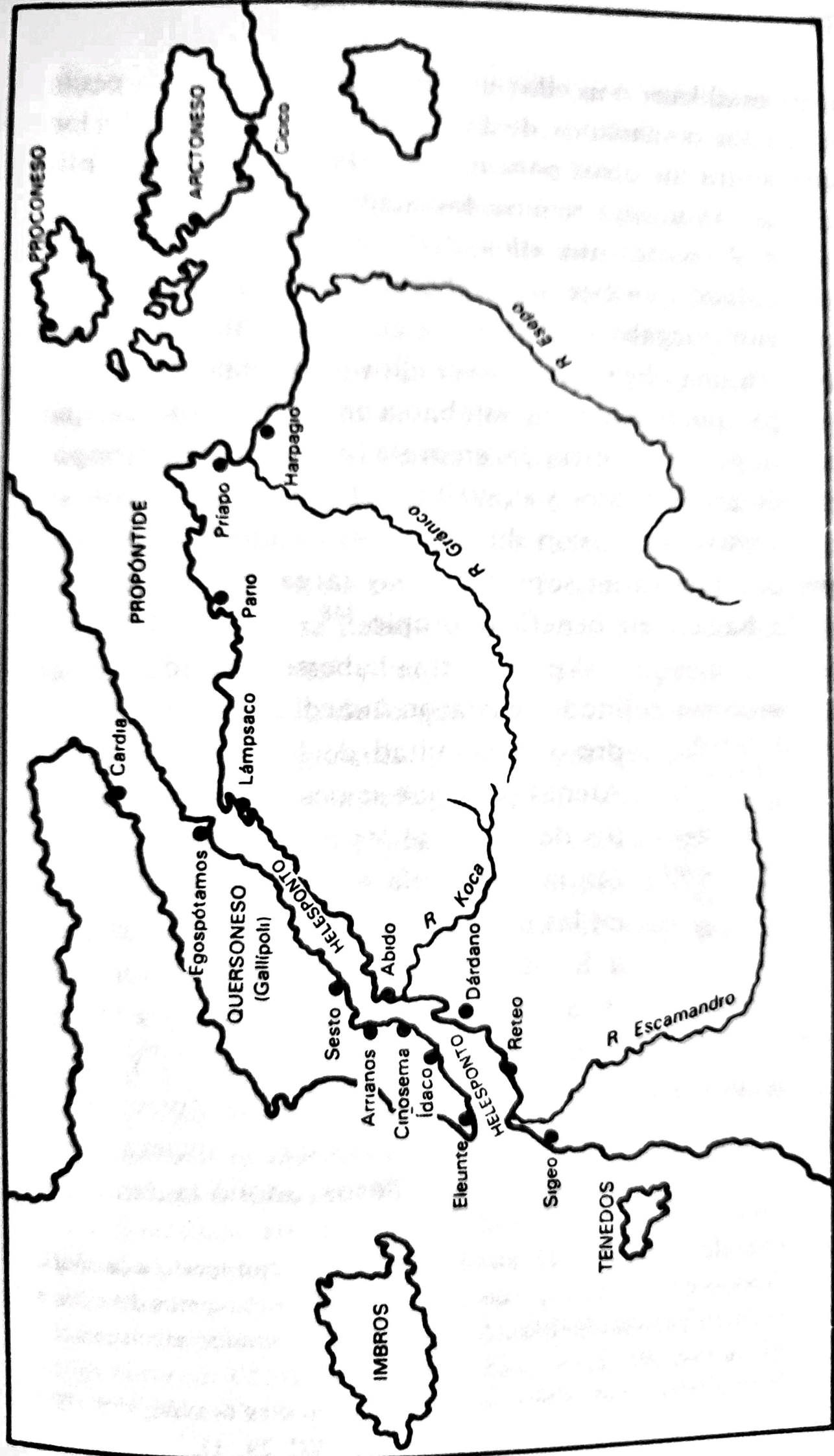
una plaza de gran importancia estratégica, pues controlaba la ruta del comercio del trigo entre Ucrania y el Ática. Cf. HERÓDOTO, VII 33; IX 114-119; JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 5.

³⁴⁴ Probablemente se refiere a la de 61, 2.

³⁴⁵ Una vuelta atrás como en 45, 1. Comienza aquí otra digresión retrospectiva, dedicada a la situación de Atenas y al golpe de estado oligárquico.

³⁴⁶ «Más firme» en relación a 47, 2 ss. Respecto a la embajada ante Tisafernes, cf. *supra*, 56, 4.

³⁴⁷ En este caso son los más poderosos (*toûs dynatôtátous*) entre los demócratas que el año anterior se habían sublevado contra los oligarcas



tar de establecer con ellos un régimen oligárquico, a pesar de que los ciudadanos de Samos se habían levantado los unos contra los otros para no ser gobernados por una oligarquía. Al mismo tiempo los atenienses de Samos, tras discutir el asunto entre ellos, decidieron prescindir de Alcibiades, dado que éste no estaba bien dispuesto hacia ellos (y porque juzgaban que no era el hombre indicado para entrar en una oligarquía), y ver ellos mismos por su cuenta y riesgo, puesto que ya estaban comprometidos, de qué manera no se diferiría la empresa, y, al mismo tiempo, persistir en la guerra y contribuir con entusiasmo con su propio patrimonio, con dinero y con cualquier otra cosa, pensando que ya no soportaban las cargas por otros, sino que lo hacían en beneficio propio ³⁴⁸.

64

*Pisandro va
de nuevo
a Atenas.
Embajadas
para derribar
las democracias.
Defección
de Tasos*

Así pues, tras haberse animado de este modo, enviaron inmediatamente a Pisandro y a la mitad de los embajadores a Atenas para que se ocuparan de los asuntos de allí, y se les ordenó que instauraran la oligarquía en las ciudades vasallas en las que hicieran escala; y despacharon a la otra mitad de los embajadores en

2 diversas direcciones, a las demás plazas vasallas; y a Diítrefes ³⁴⁹, que se encontraba en la zona de Quíos y había sido elegido para ejercer el mando en los territorios de la costa tracia, también lo enviaron para que se hiciera cargo de su mando. Nada más llegar a Tasos, abolió la democra-

(los *dynatoí* de *supra*, 21). Cf. asimismo *infra*, 73, 2, respecto a la aparición de nuevas tendencias oligárquicas entre algunos elementos del *dêmos* debido a la influencia de Pisandro y de los conjurados atenienses.

³⁴⁸ Cf. *supra*, 48, 1.

³⁴⁹ Probablemente el mismo personaje que en otra ocasión, dos años antes, se había dirigido a Tracia (cf. *supra*, VII 29, 1).

cia. Pero tras su partida, al cabo de poco más de un mes, ³ los tasios se pusieron a amurallar su ciudad, porque pensaban que ya no tenían ninguna necesidad de un régimen aristocrático ligado a los atenienses y esperaban todos los días la libertad que les traerían los lacedemonios. Había, ⁴ en efecto, fuera de la ciudad un grupo de exiliados tasios, que habían sido expulsados por los atenienses y se habían establecido entre los peloponesios, y este grupo, en combinación con sus amigos de la ciudad, se esforzaba con empeño por conseguir el envío de una flota y provocar la defección de Tasos. Y las cosas les salieron exactamente según sus deseos; se enderezó la situación de la ciudad sin ningún riesgo por su parte ³⁵⁰ y el gobierno del partido democrático, que se habría opuesto a sus proyectos, había sido derrocado. Así pues, en lo que respecta a Tasos, ⁵ ocurrió lo contrario de lo que esperaban los atenienses que implantaron la oligarquía, y me parece que pasó lo mismo en el caso de otros muchos pueblos sometidos a Atenas; pues, una vez que las ciudades tuvieron un régimen de cordura y una libertad de actuar sin miedo a represalias ³⁵¹, escogieron la senda de la auténtica libertad que tenían a

³⁵⁰ Este enderezamiento era el de un régimen aristocrático independiente de Atenas.

³⁵¹ Al haberles impuesto los atenienses el régimen aristocrático, podían gobernarse en aquel sentido sin temor a represalias de Atenas, que dejaba de apoyar a los partidos democráticos, vinculados hasta entonces a los demócratas atenienses. El «régimen de cordura» (literalmente *sôphrosynê*, «cordura», «moderación» como virtud asociada a la oligarquía, sobre todo en el sistema espartano) es el conservador o aristocrático; como el término *eunomía*, «buen gobierno», pertenece al vocabulario de los oligarcas. Cf. W. R. CONNOR, *Thucydides*, Princeton, 1984, pág. 222; S. FORDE, *The Ambition to Rule...*, Ithaca, Londres, 1989, págs. 160 ss.

su alcance, sin preferir el especioso «buen gobierno» ³⁵² ofrecido por los atenienses.

65

*Derrocamiento
de la democracia
en ciudades
aliadas.*

*Los conjurados
de Atenas*

2

*eliminan a
algunos
adversarios y
publican
su programa*

αἰρεοίς

Durante su travesía, Pisandro y sus acompañantes, de acuerdo con lo que se había decidido, fueron derrocando las democracias de las ciudades, procurándose a la vez en algunas plazas ³⁵³ un refuerzo de hoplitas con el que llegaron a Atenas. Allí se encontraron con que la mayor parte del trabajo ya había sido llevado a cabo por sus correligionarios ³⁵⁴. En efecto, algunos jóvenes se habían conjurado y habían dado muerte en secreto a un tal Androcles ³⁵⁵, el dirigente demócrata más influyente, que precisamente había tenido una gran responsabilidad en el destierro de Alcibíades; lo asesinaron sobre todo por

³⁵² Los pueblos prefieren la auténtica libertad de la independencia a cualquier régimen (cf. *supra*, 48, 5). En cuanto al especioso «buen gobierno» (*hypóulou eunomías*), algunos prefieren la lectura *hýpoulon autonómian*, «autonomía engañosa o ficticia», en oposición a la «auténtica libertad». Nótese asimismo el uso del calificativo *hýpoulos* (que en Tucídides sólo aparece en este pasaje) para significar una apariencia de salud que oculta una enfermedad: «especioso», «engañoso», «podrido», «corrompido». Hay un fino uso del lenguaje, no exento de ironía.

³⁵³ Plazas como Andros, Tenos y Caristo (cf. *supra*, 69, 3). El recorrido no sería corto.

³⁵⁴ Sus camaradas de partido, los miembros de las *synōmosíai*, a los que Pisandro había dado instrucciones antes de partir de Atenas (cf. *supra*, 54, 4).

³⁵⁵ Respecto a las acusaciones contra Alcibíades, cf. *supra*, VI 28-29, donde no se cita a Androcles. Tucídides suele hablar de los enemigos de Alcibíades sin nombrarlos (cf. asimismo *supra*, VIII 53, 2). Según PLUTARCO, *Alcibíades* 19, 1 y 3, Androcles fue responsable del testimonio de los metecos y esclavos contra Alcibíades. Cf. asimismo ANDÓCIDES, I 27.

dos motivos: por su influencia como demagogo y porque pensaban en complacer a Alcibíades, en la idea de que iba a volver del exilio y les iba a procurar la amistad de Tisafernes; y del mismo modo eliminaron en secreto a algunos otros ciudadanos incómodos. Por otra parte, habían elaborado y sacado a la luz un programa según el cual nadie recibiría una paga a excepción de los que sirvieran en una campaña militar, y no participarían en la gestión de los asuntos públicos más de cinco mil ciudadanos, y éstos serían los que estuvieran en condiciones de resultar más útiles con su dinero y su persona ³⁵⁶.

Εὐπρεπὲς

Terror y
desconfianza
en Atenas

Pero esto sólo era una argucia especiosa para seducir a la mayoría, porque iban a tener el control de la ciudad las mismas personas que promovían el cambio de régimen. Así y todo, el pueblo se seguía reuniendo, y también se reunía el consejo designado por sorteo ³⁵⁷, pero no se tomaba ningún acuerdo que no contara con el beneplácito de los conjurados, sino que los oradores eran de los suyos y los discursos que se pronunciaban eran examinados previamente por ellos. No se manifestaba, además, ninguna oposición entre los otros ciudadanos debido al miedo que les causaba el número de los conjurados; y si alguien llegaba a oponerse, en seguida era

³⁵⁶ Cf. *infra*, 67, 3 y 97, 1; ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenien- ses* 29 ss. (intr., trad. y notas de M. GARCÍA VALDÉS, Madrid, B.C.G., núm. 70, 1984).

³⁵⁷ Se refiere primero a la *ekklḗsia* o asamblea popular y, en segundo lugar, al consejo (*boulḗ*) de los Quinientos (cf. *supra*, IV 118, 11, n. 759), consejo designado por sorteo, llamado literalmente «consejo de la haba» o «consejo elegido con habas», porque sus miembros eran designados por la suerte mediante la extracción de habas. Cf. asimismo *infra*, 69, 4.

eliminado mediante algún procedimiento adecuado, y no se hacía ninguna investigación sobre los autores ni se incoaba un proceso en caso de haber sospechosos; al contrario, el pueblo no se movía y era presa de un terror tal que quien no sufría violencia, aun sin decir palabra, se consideraba afortunado. Al pensar que los conjurados eran muchos más de los que eran en realidad, tenían el ánimo derrotado, y no podían averiguar la verdad, incapaces de llegar a ella a causa del gran tamaño de la ciudad y del recíproco desconocimiento entre los ciudadanos. Por esta misma razón, si uno estaba indignado, no tenía la posibilidad de manifestar su pesar a otro con vistas a organizar una reacción; pues se habría encontrado con que aquel a quien iba a hablar, o era un desconocido, o un conocido que no le inspiraba confianza. En efecto, todos los del pueblo se trataban con recelo, como si el interlocutor hubiera participado en los acontecimientos. Y el hecho es que entre los demócratas había algunos de quienes nunca se hubiera creído que se pasaran a la oligarquía; y fueron éstos los que causaron la mayor desconfianza en la masa y los que más contribuyeron a la seguridad de los oligarcas, al proporcionarles el apoyo de la desconfianza interna del pueblo ³⁵⁸.

³⁵⁸ La desconfianza del pueblo en sí mismo, entre sus propios elementos. El pasaje es discutido. Otros entienden «al consolidar en el pueblo su desconfianza recíproca», insistiendo en la idea expresada anteriormente. Pero preferimos referir la consolidación a los oligarcas, en cuyo interés actúa la desconfianza del pueblo hacia sí mismo. Stone compara el terror y los asesinatos a los que aquí se hace referencia a las actuaciones de los batallones de la muerte de nuestros días en Argentina, El Salvador y Chile: cf. I. F. STONE, *El juicio de Sócrates*, trad. esp. de M.^a T. FERNÁNDEZ DE CASTRO, Madrid, Mondadori, 1988, págs. 152 ss., donde se refiere a las *synomosiái* atenienses y a la situación del 411, tras la derrota de Siracusa.

eliminado mediante algún procedimiento adecuado, y no se hacía ninguna investigación sobre los autores ni se incoaba un proceso en caso de haber sospechosos; al contrario, el pueblo no se movía y era presa de un terror tal que quien no sufría violencia, aun sin decir palabra, se consideraba afortunado. Al pensar que los conjurados eran muchos más de los que eran en realidad, tenían el ánimo derrotado, y no podían averiguar la verdad, incapaces de llegar a ella a causa del gran tamaño de la ciudad y del recíproco desconocimiento entre los ciudadanos. Por esta misma razón, si uno estaba indignado, no tenía la posibilidad de manifestar su pesar a otro con vistas a organizar una reacción; pues se habría encontrado con que aquel a quien iba a hablar, o era un desconocido, o un conocido que no le inspiraba confianza. En efecto, todos los del pueblo se trataban con recelo, como si el interlocutor hubiera participado en los acontecimientos. Y el hecho es que entre los demócratas había algunos de quienes nunca se hubiera creído que se pasaran a la oligarquía; y fueron éstos los que causaron la mayor desconfianza en la masa y los que más contribuyeron a la seguridad de los oligarcas, al proporcionarles el apoyo de la desconfianza interna del pueblo ³⁵⁸.

³⁵⁸ La desconfianza del pueblo en sí mismo, entre sus propios elementos. El pasaje es discutido. Otros entienden «al consolidar en el pueblo su desconfianza recíproca», insistiendo en la idea expresada anteriormente. Pero preferimos referir la consolidación a los oligarcas, en cuyo interés actúa la desconfianza del pueblo hacia sí mismo. Stone compara el terror y los asesinatos a los que aquí se hace referencia a las actuaciones de los batallones de la muerte de nuestros días en Argentina, El Salvador y Chile: cf. I. F. STONE, *El juicio de Sócrates*, trad. esp. de M.^a T. FERNÁNDEZ DE CASTRO, Madrid, Mondadori, 1988, págs. 152 ss., donde se refiere a las *synomosiái* atenienses y a la situación del 411, tras la derrota de Siracusa.

el caso de que alguien acusara de ilegalidad ³⁶² al ponente de una propuesta, o lo perjudicara de cualquier otro modo, se establecían grandes penas. Y entonces ya se propuso abiertamente que no se siguiera ejerciendo ningún cargo público de acuerdo con el ordenamiento vigente, ni se pagara sueldo alguno; y que se procediera a la elección de cinco proedros ³⁶³, que a su vez elegirían a cien ciudadanos, cada uno de los cuales procedería a la cooptación

³⁶² La acusación de ilegalidad (*graphé paranomos*) se formulaba contra el que proponía medidas ilegales en contra de la constitución vigente. Era, pues, necesario abolir esta defensa de la democracia antes de proceder al cambio de régimen. Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenien- ses* 29, 4.

³⁶³ Sobre los proedros o presidentes, cf. *supra*, III 25, 1, n. 167. Según lo que luego dice Tucídides (cf. *infra*, 70, 1), estos proedros estarían en funciones durante la transición, en la fase de constitución de los Cuatrocientos; luego éstos elegirían por sorteo a los prítanes. El proceso de constitución de este régimen tal como es descrito por Tucídides es diferente al que presenta el texto de Aristóteles. Se ha discutido mucho sobre el alcance de este desacuerdo. Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenien- ses* (introd., trad. y notas de M. GARCÍA VALDÉS, Madrid, B.C.G., núm. 70, 1984, esp. caps. 29-32); G. DE SANCTIS, *Storia della storiografia greca*, Florencia, 1951, págs. 97-125; F. SARTORI, *La crisi del 411 a. C. nell'Athenaion Politeia di Aristotele*, Padua, 1951, págs. 34 ss.; M. A. LEVI, *Commento storico alla Respublica Atheniensium di Aristotele*, 2 vols., Varese-Milán, 1968, vol. II, págs. 285-300, *passim*; A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *ob. cit.*, vol. V, págs. 125-340 y especialmente el excelente estudio de la cuestión en las págs. 184-256; P. J. RHODES, *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford, 1981, págs. 362 y ss. Además de Tucídides y Aristóteles, otras fuentes sobre estos hechos son: ARISTÓFANES, *Lisístrata* y *Tesmoforias*; documentos como las estelas del 411 (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford, ed. rev., 1989, núms. 80 y 81); LISIAS, XX (*Pro Polystrato*); JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 45; Antifonte; y otras manifestaciones como las de las *Helénicas de Oxirrínco*, de Diodoro y de los atidógrafos Androción y Filócoro.

de otros tres; y estos cuatrocientos ciudadanos accederían a la sede del Consejo y gobernarían con plenos poderes de la forma que consideraran más conveniente; y convocarían a los Cinco Mil cuando les pareciera oportuno ³⁶⁴.

grupos

El autor de esta proposición fue Pisandro, quien públicamente apareció en todos los aspectos como el más decidido instigador del derrocamiento de la democracia. Pero quien había organizado todo el asunto de modo que alcanzara este resultado y quien se había cuidado de ello más que nadie era Antifonte ³⁶⁵,

*Los cabecillas
de la revolución*

³⁶⁴ Los Cuatrocientos no se comprometían a hacer efectivo el poder de los Cinco Mil; era una oligarquía cerrada que no quería estar condicionada (cf. *infra*, 89, 2).

³⁶⁵ Antifonte, hijo de Sófilo, del demo de Ramnunte, que había nacido hacia el 480 a. C., fue cronológicamente el primero de los grandes oradores áticos que conocemos; tuvo un importante papel en el desarrollo de la prosa ática y ejerció una notable influencia en sus contemporáneos, y entre ellos en Tucídides, que sin duda admiraba su habilidad oratoria y su inteligencia. Al caer los Cuatrocientos, fue uno de los pocos que no huyeron (cf. *infra*, 98, 1) y su brillante defensa no evitó que fuera condenado a muerte y ejecutado. Una de las principales fuentes sobre ese discutido personaje es este capítulo de nuestro historiador, cuya admiración no es necesario interpretar desde el punto de vista político. Al margen de ideologías, Tucídides elogia la inteligencia de determinados personajes (cf., por ejemplo, el caso de Temístocles en I 138), rinde culto a la *areté*, una *areté* esencialmente política formada por un conjunto de cualidades que Protágoras pretendía enseñar a sus discípulos, sobre todo un pensamiento rápido y seguro, expresado por medio de una elocuencia persuasiva (cf. a este respecto W. JAEGER, *Paideia*, trad. esp. de J. XIRAU y W. ROCES, F. C. E., México, 1957, págs. 262 ss., esp. 268-269; J. DE ROMILLY, *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès*, París, 1988, págs. 50 ss. M. A. LEVI, *Il senso della Storia Greca*, Milán, 1979, págs. 195 ss.). Y tras la muerte de Pericles, no había muchos personajes que destacaran en este sentido en el partido democrático. Se ha dicho, además, que se puede reconocer el genio de hombres como Napoleón sin

un hombre que por su capacidad no era inferior a ninguno de los atenienses de su época y sí el mejor dotado para pensar y expresar sus ideas. Es cierto que voluntariamente no tomaba la palabra ante la Asamblea Popular ni en ningún otro debate, ya que resultaba sospechoso a las masas por su fama de habilidad oratoria; sin embargo, para quienes intervenían en los debates ante los tribunales o en la Asamblea, no tenía igual a la hora de prestar ayuda a quien ² le pedía consejo. Y luego ³⁶⁶, cuando se vino abajo el régimen de los Cuatrocientos y éstos fueron perseguidos por el pueblo, fue él, acusado precisamente de haber contribuido a la instauración de aquel régimen, quien realizó, a mi modo de ver, la mejor defensa frente a una petición de pena capital que jamás se haya hecho hasta nuestros ³ días ³⁶⁷. También Frínico se distinguió entre todos por su entrega absolutamente decidida a la causa de la oligarquía; temía a Alcibíades, sabedor de que éste estaba al corriente de todo lo que había tramado con Astíoco cuando se encontraba en Samos ³⁶⁸, y pensaba que no era probable que un régimen oligárquico le hiciera regresar del exi-

aprobar el golpe de estado del 18 Brumario. Sobre la *areté* de Antifonte, y sobre el diverso uso del término en Tucídides, cf. asimismo W. R. CONNOR, *Thucydides*, Princeton, 1984, págs. 224-225, y la bibliografía allí citada.

³⁶⁶ Pasaje con problemas de transmisión. Seguimos el texto del Manuscrito C. Con otra lectura diría: «cuando se produjo el cambio que restableció la democracia y el régimen de los Cuatrocientos se vino abajo y sus miembros fueron sometidos a juicio y tratados con rigor por el pueblo...».

³⁶⁷ Uno de los frecuentes comentarios personales que aparecen en el último libro tucidídeo. Cf. *supra*, 24, 4; 27, 5; 64, 5; *infra*, 68, 4; 86, 4-5; 87, 4; 96, 5; 97, 2; J. DE ROMILLY, *Histoire et Raison chez Thucydide*, París, 1956, pág. 84.

³⁶⁸ Cf. *supra*, 48, 4 y 7; 50, 1-51, 3.

lio. Y frente a los peligros, una vez que se hubo comprometido, demostró que era el hombre con el que más se podía contar. Terámenes, hijo de Hagnón ³⁶⁹, asimismo ⁴ tuvo un papel principal entre los que se unieron para derrocar la democracia; era un hombre de no escasa capacidad, tanto para hablar como para juzgar con acierto. Así pues, al ser dirigida por muchos hombres inteligentes, nada tiene de extraño que esta empresa tuviera éxito, a pesar de que se trataba de un asunto de mucha envergadura, pues era difícil, casi exactamente a los cien años del derrocamiento de los tiranos ³⁷⁰, privar de su libertad al pueblo

οὐκ
ἀπεικόνει

³⁶⁹ Terámenes, hijo de Hagnón, el fundador de Anfípolis (cf. *supra*, I 117, 2, n. 737), del demos de Estiria, fue uno de los principales instigadores del golpe de estado de los Cuatrocientos; pero dentro del movimiento oligárquico fue más moderado que otros, estuvo al frente de la corriente que se opuso a los excesos de la oligarquía y dio paso al gobierno de los Cinco Mil (cf. *infra*, VIII 89 y *passim*). Tras la victoria de las Arginusas (406 a. C.), consiguió librarse de la acusación de no haber prestado auxilio a los naufragos, pero contribuyó a la condena a muerte de los seis estrategos. Después de la derrota final de Egospótamos, tuvo un papel importante en las negociaciones de la rendición de Atenas y participó en el gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos, pero también en esta ocasión sus tendencias moderadas le distanciaron de sus colegas; esta vez el resultado fue negativo: se enfrentó a Critias, el radical tío de Platón, y fue condenado a muerte y ajusticiado. Desde la Antigüedad ha sido objeto de diversas valoraciones. Se le ha culpado por su actitud cambiante (se le llamó «coturno», calzado para ambos pies), pero también se han apreciado su moderación y sus esfuerzos por mantenerse entre los regímenes populares y los excesos de las oligarquías radicales (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 28, 5).

³⁷⁰ La expulsión de Hipias y de su familia se sitúa en el 511-510 (cf. *supra*, VI 59, 4). La misma referencia temporal se encuentra en ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 32, 2. Para una enumeración de los puntos de acuerdo o de desacuerdo entre Tucídides y la *Constitución de los Atenienses* de ARISTÓTELES, respecto a los Cuatrocientos y a los Cinco Mil, cf. *Thucydide, Livre VIII, Notice* de R. WEIL, págs. XX--

ateniense, un pueblo que no sólo no se había visto sometido, sino que durante más de la mitad de aquel período se había acostumbrado a dominar sobre otros ³⁷¹.

69

*Los Cuatrocientos
toman el poder*

Una vez que la Asamblea se disolvió tras ratificar las propuestas sin que nadie se opusiera, a continuación la instalación de los Cuatrocientos en la sede del Consejo se efectuó de la forma siguiente.

Todos los atenienses se hallaban permanentemente sobre las armas, unos en la muralla y otros en los retenes, debido a la presencia de los enemigos en Decelia. Aquel día, pues, dejaron marchar, como de costumbre, a los que no estaban al corriente de la conjuración mientras que se ordenó a los conjurados que se mantuvieran a la expectativa, no en los mismos puestos, sino a una cierta distancia, y que si alguien se enfrentaba a la acción, tomaran las armas para impedirselo. También había andrios y tenios y trescientos hombres entre caristios y colonos de Egina, que los atenienses habían enviado para que se establecieran en la isla ³⁷²; a estos hombres, venidos con sus propias armas

XXI, París, 1972. Sobre el tema, véase también C. HIGNETT, *A History to the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B.C.*, Oxford, 1952, reed. 1975, cap. 12, págs. 362-364; H. D. WESTLAKE, «The Subjectivity of Thucydides...», *Bulletin of the John Rylands Library* 56 (1973), 193-218.

³⁷¹ La Liga de Delos se instituyó en el 478-477 a. C., por lo que el período comprendido entre esta fecha y el 411 suponía más de la mitad de los años transcurridos desde el final de la tiranía de los Pisistrátidas. Es posible, sin embargo, que el punto de referencia no sea el del año de la constitución de la Liga, sino el de su transformación en imperio (cf. *supra*, I 97, 2; 98, 3-4; 99, 1-3).

³⁷² Según el texto, el «trescientos» se refiere al conjunto de caristios y colonos de Egina. Respecto a éstos, cf. *supra*, II 27, 1, n. 213; VII 57, 2 y 4.

para el mismo fin, se les habían dado idénticas órdenes. Dispuestas así las cosas, llegaron los Cuatrocientos, cada uno de ellos escondiendo un puñal y acompañados de los ciento veinte jóvenes que utilizaban cuando era necesario emplear la violencia; se presentaron ante los consejeros elegidos por sorteo ³⁷³ que estaban en la sede del Consejo y les dijeron que salieran después de haber recibido su paga; ellos mismos les habían traído la suma correspondiente a todo el período que les faltaba y se la entregaron cuando salieron ³⁷⁴.

Como el Consejo se retiró de esa forma sin ofrecer ninguna resistencia, y los demás ciudadanos no tomaron ninguna iniciativa, sino que se mantuvieron en calma, los Cuatrocientos ocuparon la sede del Consejo y de momento se limitaron a designar por sorteo los prítanes entre ellos mismos ³⁷⁵ y a realizar todas las plegarias y sacrificios debidos a los dioses en el momento de tomar posesión de los cargos; efectuaron profundos cambios respecto a la administración democrática (salvo en el hecho de que no hicieron volver a los exiliados a causa de Alcibíades) y en general gobernaron la ciudad con mano dura. Ejecutaron a algunos hombres, no muchos, que les parecía oportuno eliminar, a otros los encarcelaron y también mandaron a otros al exilio. Enviaron, además,

³⁷³ Literalmente «los consejeros de la haba».

³⁷⁴ Se refiere al período de mandato que les quedaba, que, según ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 32, 1, sería de un mes. En tiempo de Aristóteles (ob. cit., 62, 2) la paga diaria de los consejeros era de cinco óbolos, pero en el siglo V debía de ser más baja. Cf. A. H. M. JONES, *Athenian Democracy*, Oxford, 1957, págs. 5, 136.

³⁷⁵ Prítanes probablemente no sujetos a la rotación mensual efectuada de acuerdo con las secciones tribales de la *boulé*. Cf. *supra*, IV 118, 11.

laci
pys.

heraldos a Agis, el rey de los lacedemonios, que estaba en Decelia, para decirle que querían reconciliarse y que era más razonable que llegara a un acuerdo con ellos que con un gobierno democrático indigno de confianza.

71

*Intentos
de negociación
con Agis.*

*Un ejército
peloponesio
frente a Atenas*

Agis, sin embargo, pensando que la situación de la ciudad no se encontraba estabilizada, que el pueblo no renunciaría a su antigua libertad y que si veía presentarse un importante ejército peloponesio no mantendría la calma, no creyendo

siquiera que en aquel mismo momento faltaran los disturbios entre los atenienses, dio a los enviados de los Cuatrocientos una respuesta que no apuntaba a un acuerdo; y no mucho después hizo venir del Peloponeso un importante número de tropas, y él mismo, con la guarnición de Decelia y con las fuerzas que habían llegado, bajó hasta los mismos muros de Atenas; esperaba que se produjeran disturbios y que los atenienses se sometieran más fácilmente en las condiciones impuestas por ellos, o que, a causa del alboroto que verosímilmente se originaría dentro y fuera de la ciudad, no fracasaría en su intento de tomar al primer asalto los Muros Largos gracias a la falta de defensores en aquella zona. Pero cuando se acercó y los atenienses, sin que se produjera ninguna agitación en el interior, hicieron salir la caballería y un destacamento de hoplitas, tropas ligeras y arqueros, y le abatieron algunos hombres que se habían acercado excesivamente, adueñándose de un cierto número de armas y cadáveres, entonces

3 Agis comprendió la situación y retiró su ejército. Él y sus hombres se quedaron en sus puestos en Decelia, pero a las tropas que habían venido, tras permanecer unos pocos días en la región, las envió a casa. Después de esto, los Cuatrocientos no despacharon a Agis menos embajadas que